

PAOLO COGNETTI

Sofia viste siempre de negro

Traducción de
Almudena Miralles Guardiola

*Morir
es un arte, como todo.
Yo lo hago excepcionalmente bien.
Lo hago tan bien que parece un infierno.
Lo hago tan bien que parece real.
Supongo que podría considerarse un don.*

SYLVIA PLATH

Primera luz

Una noche, la enfermera se asomó a la ventana del módulo y vio la furgoneta fuera del hospital. Los faros emitieron tres destellos y después se volvieron a encender cuando ella levantó la mano para saludar. Le pidió a su compañera que la cubriese y bajó por la escalera del personal hasta la entrada de suministros. Allí, bajo una lluvia otoñal, él bajó la ventanilla y le dijo que había tomado una decisión. La enfermera lo observó, dudosa de si creerle o no. Se aseguró de que nadie los veía y le dijo que subiera a la primera planta. Allí, encontró una habitación vacía donde podrían hablar tranquilos.

El bigote del hombre sabía a vino, y al habitual sabor a tabaco. Dentro de la habitación la abrazó y la empujó hacia la cama, pero a ella no le gustaron sus formas y lo rechazó. Él se hizo el ofendido. Abrió la ventana, se encendió un cigarrillo y miró hacia afuera. Un minuto más tarde dijo:

—Como siga lloviendo así, nos van a salir escamas.

—¿Y bien? —dijo la enfermera—, ¿me vas a decir a qué has venido?

Él no respondió inmediatamente, se quedó mirando la lluvia y dio un par de caladas. Después dijo que no iba a volver a casa esa noche. Había salido dando un portazo y le

había gritado a su mujer que se olvidase de él. No dijo que después había pasado por el bar, pero era evidente. Eran las dos menos cuarto. Se pasó la mano por el pelo húmedo y la enfermera imaginó que se le había echado el tiempo encima bebiendo, hablando de mujeres con otros hombres en la barra y cortejando a la camarera. Por eso había ido a buscarla. Entonces él dijo:

—Si tú tampoco me quieres me voy a dormir a la furgoneta, me da igual.

Cuando volvió a intentar abrazarla, ella no se opuso, cerró los ojos e hizo un esfuerzo para no pensar en el cúmulo de enredos y mentiras que llevaba a sus espaldas.

Esa misma noche, más tarde, la llamaron para un parto de urgencia. Era una chica de veintidós años embarazada de siete meses. Parió una niña minúscula y morada en medio de un charco de sangre. La obstetra le dio unas palmadas en la espalda para que llorara y respirara, pero la niña ni respiraba ni lloraba y tuvieron que reanimarla. Había algo que al médico no le cuadraba en aquel parto prematuro: se supo que la madre, sin decirle nada a nadie, había tomado un medicamento para las úlceras que está prohibido en el embarazo. Pero, en ese momento, estaba demasiado alterada para dar explicaciones. Había sufrido una hemorragia muy fuerte y estaba en la cama gritando y maldiciéndose a sí misma. La sedaron, le pusieron una vía en el brazo y la dejaron dormir, posponiendo así las indagaciones.

En la incubadora de la niña había un cartel con un nombre: Sofia Muratore. El padre iba a verla varias veces al día. Exhausto y desconcertado, iba de un lado a otro, de madre a hija, preguntándose cuál de las dos sería la causante de los males de la otra. Como no podía tocar a la niña, la miraba largo y tendido a través del cristal. No sabía si encariñarse

con ella o si verla preciosa o monstruosa, como suele ocurrir con los recién nacidos y los anfibios tropicales.

La enfermera empezó a hablar con Sofia por las noches, cuando nadie la veía. Se sentaba al lado de la incubadora y le contaba cosas. Era como cuando hablaba con las plantas de su balcón: a lo mejor no servía de nada en absoluto, pero a ella le venía bien y a la niña no podía hacerle ningún mal. Una noche tras otra se lo fue contando todo a Sofia: le habló de la granja donde creció, de la vida que había llevado hasta los treinta años, del cura que la convenció de que encontrara su vocación, de las monjas crueles que había en la carrera de Enfermería y del día que llegó a vivir a la ciudad y, al ver el apartamento, se puso a llorar. Tuvo que aprender a ser dura. Al igual que con la sangre, los vómitos, las heces, las úlceras infectadas y lo que te tocaba ver cuando abrían un cuerpo, cuando estaba invadido por la enfermedad o mutilado a raíz de un accidente. No podías apartar la vista. Le contó todas esas cosas con las palabras más sencillas que conocía.

Una noche, mientras hablaba con Sofia, oyó el sonido de un claxon, se asomó a la ventana y vio la furgoneta del hombre en el aparcamiento. Los faros emitieron destellos, pero ella no se movió. Se quedó ahí de pie para asegurarse de que el mensaje quedaba bien claro. Él bajó de la furgoneta, alzó la mirada hacia la ventana y se fumó un cigarrillo. Luego tiró la colilla y la aplastó con el zapato, como si la colilla fuera ella. Entonces volvió a subirse a la furgoneta, hizo una maniobra y se fue.

—Sofia —dijo la enfermera en voz alta—, ¿sabes lo que es el nacimiento? Es un barco que parte hacia la guerra.

Aquella mañana, el pediatra confirmó que la niña estaba fuera de peligro y por fin la llevaron con su verdadera madre.